

¿Ética del discurso o diálogo socrático?

Reflexiones sobre la comunicación

Nilia Mesa de Reyes

Docente de la Facultad de Ciencias Económicas

Hoy, cuando estamos a comienzos del siglo XXI y la expectativa ante el nuevo milenio se siente en el corazón de cada ser humano, cuando los descubrimientos técnicos y científicos han abierto al hombre un horizonte inimaginable de posibilidades, cuando por medio del teléfono podemos comunicarnos –en segundos– con personas que viven a miles de kilómetros de distancia de nosotros, cuando por medio de la Internet tenemos acceso a la extensa información que existe sobre cualquier tema, lugar, persona, etc., cuando por medio de teleconferencias se reúnen a hablar ejecutivos de diferente raza, lengua y religión, que se hallan en ese momento en países y continentes diferentes, cuando el periódico llega cada mañana a la puerta de millones de lectores, con noticias frescas del día anterior, cuando nos enteramos –casi de manera inmediata– de los acontecimientos que suceden en cualquier parte del mundo, cuando por medio de la televisión los dirigentes,

el dirigido, el opresor, el oprimido, las mujeres, los niños, los de derecha, los de izquierda..., se dirigen a miles de televidentes para exponer su pensamientos, sus necesidades, sus deseos, sus problemas y hablan, y hablan, y hablan...; nos damos cuenta de que el gran problema que aqueja hoy a la humanidad, es que teniendo a su disposición los aparatos más complejos que puedan existir para comunicarse, vive incomunicada, porque ... se le olvidó cómo se habla con *el otro*.

Prueba de esto, es que en todos los confines de la tierra hay conflictos, desacuerdos, guerras, desesperación, soledad, *incomunicación*. Al hombre se le olvidó que cuando las palabras son utilizadas solamente para defender un punto de vista, una ideología, o los intereses de una persona o de un grupo, sin tener en cuenta los intereses y los puntos de vista de los demás, se está desconociendo al *otro* como interlocutor válido y se están

cerrando así las vías posibles para la comunicación: es imposible dialogar con alguien a quien no reconozco.

Afortunadamente, el hombre se ha dado cuenta de que las cosas no marchan bien y que es necesario hacer algo. Esa necesidad se siente en la frecuencia con que cada uno de nosotros se ha empezado a preguntar por el futuro de una humanidad encerrada en su egoísmo; en la conciencia de que las palabras han sido usadas para narrar lo verosímil y no lo verdadero, por considerarlo inalcanzable; en el reconocer que hemos confundido lo que parece con lo que realmente ha estado sucediendo. La fe que todavía podemos tener en el futuro de la humanidad consiste en saber que hay cosas que sólo el hombre -con sus capacidades, con los recursos de la inteligencia y la imaginación que le son más propio- puede dar; y de los cuales, el más poderoso, creador y constructor, es el lenguaje, la atalaya en la que debe situarse el hombre para otear el horizonte del futuro, más allá del temor, hacia la esperanza.

La acción de comunicarse requiere una fundamentación racional, e interlocutores que se reconozcan mutuamente; la argumentación es un proceso en el que se presupone que *el otro* es alguien con quien puedo llegar a encontrar lo que es bueno y lo que es justo; es decir, el sentido de la argumentación es experimentar la verdad comunitariamente. Desde hace algunos años y siguiendo la tradición socrática, un buen número de filósofos han empezado a reconocer que la razón es dialógica y que el único recurso que le queda al hombre para no quedarse encerrado en sí mismo, es recurrir al diálogo, pero no a un diálogo cualquiera, sino a aquel, que como el diálogo socrático, nos enseña que *el otro*, es un interlocutor válido y que sólo por medio de acuerdos dialogados, podemos llegar a abrir nuevamente esas vías de comunicación que han permanecido cerradas por mucho tiempo. Esta posición recibe

actualmente el nombre de *ética dialógica, ética discursiva o ética comunicativa*, y sus creadores son los filósofos K. Otto Apel, Jürgen Habermas y Adela Cortina.

Es apenas lógico que después de dos mil cuatrocientos años, el lenguaje que utilizamos no sea el mismo; Sócrates nos hablaba de *diálogo*, hoy decimos acción comunicativa; Sócrates enseñaba *un orden y unas condiciones* para el discurso, hoy nos referimos a la comunicación como un *proceso reglamentado*; Sócrates hablaba de un *dialogar entre amigos*, hoy decimos *interlocutor válido*; Sócrates afirmaba que el discurso debía tener un *ethos*, y hoy intentamos valorar nuestra conducta a la luz de una *ética discursiva*; Sócrates insistía en lo indispensable que era poseer la *techné* para hacer los discursos, hoy sabemos que sin el *estudio y la experiencia* nuestro esfuerzo por hacer las cosas resulta siempre vano.

Para que las conversaciones se efectúen, lleguen a feliz término y concluyan en la celebración de alianzas, es fundamental el ánimo que deben poseer los interlocutores, el deseo interior de llegar a la verdad de manera conjunta, la disposición ante los errores que se deben corregir y los errores propios que debemos reconocer y aceptar, los parámetros desde donde deben ser juzgados los discursos, el espíritu que lleve a poner como garante de las palabras que decimos, la propia vida. Todas estas son propuestas que nos hizo Sócrates hace mucho, mucho tiempo, y que hoy son las bases de la convivencia entre los hombres.

La anterior afirmación no disminuye en nada la novedad que representa en nuestros tiempos la *ética discursiva*; al contrario, pues la novedad nada significa si no hay en ella una relación con lo que la precede; no hay precisamente novedad si no hay tal relación. Debemos saber distinguir lo nuevo de lo extraño; aquello que conociendo lo conocido lo transforma y varía, de lo que surge desde afuera sin conocimiento de nada. Entre una

teoría que desciende, con su novedad, como resultado del conocimiento y apropiación de la historia del pensamiento del hombre, y las que surgen como nuevas, porque pertenecen a algo incógnito y desconocido, hay la misma diferencia que entre el hombre que nos produce una sensación de novedad por las frases nuevas que nos dice, y el que nos produce una sensación de extrañeza, porque habla defectuosamente nuestro idioma, que no es otro que el idioma de la humanidad.

El pensamiento del hombre, debe estar al servicio del hombre. La ciencia que no ayude al bienestar y a la felicidad del género humano, que se contenta solamente con hacer más fácil la vida, sin darle plenitud, es una ciencia que debe considerarse fracasada; esto lo entendió Sócrates y por eso, «obedeciendo las indicaciones del dios, y aprovechando el don que había heredado de su madre que era partera», se dedicó –peregrino del diálogo por las plazas de Atenas y de los países a donde ha llegado su palabra– a enseñarles a los hombres que la búsqueda de la verdad es lo que hace al hombre realmente feliz y libre. Para enseñarles esto a los hombres, creó un método que él mismo ejercitó, con su estilo de vida y con sus palabras.

Aunque en realidad, ya desde los antiguos el pensamiento dejó de desarrollarse alejado de los senderos transitados por el hombre y se incorporó a los caminos propiamente humanos, como el poema de Parménides nos lo indica:

*– Los caballos que me llevan consigo cumplen,
al hacerlo, toda la plenitud de mi deseo,
pues no hay duda que son ellos, mis verdaderos guías,
los que me condujeron por la famosísima ruta
de la diosa, que encamina al hombre en posesión de las
luces del saber a través de todas las ciudades.*

Por esta ruta me veía llevado, y, ciertamente, los caballos a cuyo impulso marchaba eran muy diestros¹.

Podríamos decir que fue Sócrates, el ateniense, el hijo de un cantero y de una partera, quien “arrancó la filosofía del cielo y la situó entre los hombres” (Cicerón), desvió la vista de las especulaciones sobre la naturaleza y el mundo físico –que había sido característica en quienes lo antecedieron– y dedicó toda su atención a los problemas de la vida humana. Él sabía que el hablar del hombre y para el hombre, no admite posiciones dogmáticas; el tiempo, las situaciones, el contexto, exigen que ese hablar –como la vida misma– tenga una dinámica, una vida propia, una autocrítica, que la proyecte y legitime.

Como modelo para lo anterior, tenemos los diálogos socráticos, los cuales mantienen una crítica constante que se expone y al mismo tiempo se ejerce, precisamente mediante la misma forma: *diálogo*, como opuesto a la conversión del pensamiento en doctrina infalible. Se puede decir, que Sócrates sólo enseña en el sentido convencional cuando utiliza el mito como un recurso de la ilustración pedagógica; de resto, su preocupación siempre está en evitar que la filosofía se convierta en un sistema hermético de dogmas, pues para él, lo que la hace filosofía, es ese logos viviente que la anima y la alimenta, esa pasión que la mueve y la transforma, ese aliento de la voz que la expone cada vez como si fuera la primera.

El diálogo, que es la forma literaria escogida por Platón para exponer su filosofía, no es algo que él haya decidido al azar o por una inclinación especial; esa elección se debe a un conocimiento profundo sobre la razón humana, que dialoga constantemente consigo misma, que discute y se reprocha, que se anima y se aprueba, y que confir-

¹ Parménides, Fragmento 1.

ma que el diálogo, siendo como una extrapolación del pensamiento del hombre, es el ámbito conocido por él, y en el que mejor sabe expresarse, porque cada día, minuto a minuto, segundo a segundo, practica un interminable preguntarse y responderse.

Teeteto –¿ A qué llamas tú pensar?

Sóc - *Al discurso que el alma tiene consigo misma sobre las cosas que somete a consideración... A mí, en efecto, me parece que el alma, al pensar, no hace otra cosa que dialogar y plantearse ella misma las preguntas y las respuestas, afirmando unas veces y negando otras*².

Por lo tanto, *el diálogo* es la forma más natural y propia del lenguaje y por ser así, su estructura es reconocida íntimamente por la razón dialogal del hombre. La preocupación constante de Sócrates era el buen uso del lenguaje, "porque un lenguaje defectuoso le hace daño al alma que es lo más importante que el hombre tiene" (Fedón), por eso, su continuo preguntar para ir encontrando el verdadero significado de las palabras. Hoy, cuando el significado de las palabras se ha vuelto algo subjetivo, acomodado a los intereses de cada uno, por lo que a veces ni sabemos de qué estamos hablando, sería bueno retomar el ejercicio socrático de búsqueda de la definición, para empezar a sacar a la luz aquellos valores cuyo olvido trajo la corrupción, o lo que es lo mismo, la desmoralización, porque sólo así tendremos un lugar en común, donde lo que se diga nos haga reconocernos y reconocer al *otro*. Si las palabras son el alimento del alma –como Sócrates lo decía frecuentemente–, debemos cuidar lo que decimos y cómo lo decimos, porque con ellas podemos hacer mucho bien, crear mundo, pero también... hacer mucho mal y destruir.

La palabra que con su fuerza es capaz de vencer al tiempo y a la muerte, es el lugar donde el hom-

bre habita, es el mundo que el hombre crea, es la historia que el hombre escribe, es la música que el hombre escucha, por lo tanto, debemos utilizarla con mucho cuidado y con la mejor disposición.

Bibliografía

I. OBRAS DE PLATÓN.

- Fedro
- Fedón
- Banquete
Traducción de C. García Gual, M. Martínez Hernández, E. Lledó Iñigo, Editorial Gredos, Madrid, 1.992.
- Gorgias
- Menón
- Crátilo
Traducción de J. Calonge Ruiz, E. Acosta Méndez, F. J. Olivieri, J. L. Calvo, Editorial Gredos, Madrid, 1.992.
- Protágoras
- Apología
- Critón
Traducción de J. Calonge Ruiz, E. Lledó Iñigo, C. García Gual, Editorial Gredos, Madrid, 1.993.
- Teeteto
- Parménides
- Sofista
- El Político
Traducción de María Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos, Néstor Luis Cordero, Editorial Gredos, 1.992.

² Platón, *El Teeteto*, pág. 189 e.